

Hacia un "partido del poder"

CONSTRUIR un partido desde el poder es un sueño dorado que, a veces, se produce. Sustituye a la fórmula normal en la democracia, que es la de llegar al poder por medio de un partido construido previamente y pasado por todos los avatares de la lucha política. De Gaulle creó su partido desde el poder conquistado por la especie de golpe de Estado tranquilo y ambiguo que le llevó desde un apartamento desdeñoso y solitario de la política a una peculiar Presidencia de la República. Finalmente, el partido se lo tragó a él mismo y a la noción de filosofía de la grandeza con que lo había creado: De Gaulle le había infiltrado tan bien en los engranajes de la nación que todavía administra gran parte de Francia. Hassan II, en Marruecos, después de haber desmontado bruscamente —con suspensiones de garantías y con procesos mortales para la oposición— la maquinaria democrática que su padre había inventado para justificar su sultanato (incluso cambiando el nombre de Sultán por el de Rey constitu-

cional, pero sin perder el hilo de la dinastía— inventó lo que iba a llamarse "el partido del Rey". Pero con mucha más "sans façons" que De Gaulle: si no había votos suficientes, se inventaban. El "partido del Rey" condujo a la autocracia, o, mejor dicho, asentó la autocracia que le había dado nombre.

Se nos dice ahora que este Gobierno que hay en España, procedente de una situación que no quisiera ser autocrática, pero que no es —¿aún?— democrática, quiere formar un partido. Ya que crea unos cauces electorales para la sustitución de poderes, querría ocuparlos. Durante algún tiempo se ha especulado acerca de la forma electoral que adoptaría el presidente Adolfo Suárez para su participación en el Gobierno poselectoral. El mismo ha dicho alguna vez que no pensaba participar en las elecciones, lo cual no indicaba de ninguna manera que renunciase a seguir en el Gobierno, o a formar uno nuevo después de la elección del Parlamento. La "reforma" política no parece exigirle: el cargo de

presidente del Gobierno sigue siendo de elección directa del Jefe del Estado de entre una terna presentada por el Consejo del Reino. Y el Consejo del Reino estará tan relativamente mediatizado por las Cámaras que podría salirse de ellas para la creación de la terna. Sin embargo, las últimas noticias indicaban que don Adolfo Suárez habría decidido presentarse a las elecciones. En la Presidencia del Gobierno no se ha desmentido la información: solamente se ha dicho que no hay comentarios que hacerle y que el mismo presidente es ajeno a la noticia.

Efectivamente, la propia persona de Suárez no parece ahora directamente mezclada a los rumores sobre la creación de un "partido del poder". Que, naturalmente, rehúye la palabra "partido" con el mismo terror con que la rehúye la Alianza Popular de la derecha. Sería "una federación de grupos reformistas", cuya doctrina sería la misma reforma gubernamental actual y una vocación de "centro". Para lo cual tendría que equilibrar

algunas alas: un ala derecha en la que estaría el actual ministro de la Presidencia, señor Sosorío —procedente del Gobierno anterior: no sólo superviviente de él, sino que se ha dicho que fue el artífice de su caída y uno de los fautores del Gobierno actual— y una ala "izquierda" que tendría que buscarse fuera del Gobierno, para llegar a unas personas actualmente descolocadas, como Fernández-Ordóñez y, posiblemente, González de Seara (que estaría, probablemente, en el origen de esta noticia). Podría hallarse en ella también el señor Barrera de Irímo, representante también de los empresarios "modernos" y avalado por su dimisión de un Gobierno que despidió al señor Cabanillas por su liberalismo. En esta "izquierda" habría también algunos de los excipientes de los grupos políticos procedentes del señor Fraga Iribarne, que se han quedado sin situación cuando su jefe se ha pasado tan ruidosamente a una derecha arcaica. El centro del centro estaría situado precisamente en el actual ministro de la Gobernación, que hace verdaderos es-



Martín Villa, izquierda, sería la pieza clave del partido que se quiere formar ahora desde el poder y en el que estarían también integrados los ministros Carriles, Reguera, Oreja, Calvo Sotelo y el de Relaciones Sindicales, Enrique de la Mata, en la fotografía de la derecha.

fuerzos desde hace tiempo por quedarse visiblemente fuera de las corrientes de represión y por mostrarse liberal. Según algunos, Martín Villa sería la pieza clave del poder electoral de este partido, tanto por la "colocación" de gobernadores civiles, dependientes de su Ministerio y dotados de nuevos poderes, como por otras "colocaciones" de hombres clave hechas durante su Ministerio de Relaciones Sindicales. Otros atribuyen al señor Osorio y las crecientes funciones del Ministerio de la Presidencia la autoría de este grupo de centro. Entre los ministros que quedarían integrados en el "partido del poder" estaría el de Hacienda, señor Carriles; el de Información y Turismo, señor Reguera Guajardo; el de Relaciones Sindicales, don Enrique de la Mata; el de Justicia, don Landelino Lavilla; el de Asuntos Exteriores, don Marcelino Oreja, y el de Obras Públicas, don Leopoldo Calvo Sotelo. En un momento dado, varios o todos estos ministros saldrían del Gabinete para poder tener las "manos libres" en la campaña electoral, y el señor Suárez mantendría la Presidencia del Gobierno por razones elementales: llevar a cabo su "reforma" es su base principal política, y no necesitando ser parlamentario para continuar siendo presidente del Gobierno, podría ser de nuevo designado para continuar su cargo, pero apoyado en el grupo parlamentario del centro surgido de su propio Gobierno. La sustitución de estos ministros-militantes dimisionarios se haría entre personalidades no directamente políticas, sino "notables" que dieran más credibilidad a las elecciones y a la propia vocación centrista (igual a "neutral") del señor Suárez.

La creación de este "partido del poder" (aunque, repitámoslo, sin nombre de partido) estaría prevista desde hace tiempo, pero se habría adelantado como respuesta a la Alianza Popular de los seis ex ministros que propugnan la continuación del franquismo desde una derecha conservadora. Este centro sería, en realidad, una derecha "moderna" y, naturalmente, reformista. Podría quitar muchos votos moderados a la Alianza Popular: muchos de los que hasta ahora no tienen un partido de derecha civilizada en el que estar representados. Podría arrebatar las democracias cristianas, dejadas huérfanas por el señor Silva Muñoz, los franquistas desolados y algunas otras almas en pena de la actualidad. Y tendría la virtud de empujar hacia su verdadera derecha a la Alianza Popular, cosa que ésta ya tiende a hacer por sí sola.

Pero la oposición democrática no saldría tampoco indemne de esta situación. Algunos de sus elementos más "centristas" podrían sentir la fuerza centrífuga de esta llama. Por ejemplo, el señor Ruiz-

Giménez, que tan difícilmente está incrustado en la Coordinación Democrática; tal vez el señor Gil-Robles, al que si se le dieran algunas garantías del formalismo democrático de esta operación, encontraría tal vez la forma de colocarse, que ahora no ve. Y se habla, naturalmente, de este gran medio volante de la política nacional que es el señor Areilza, ora inclinado hacia una Junta de notables democráticos, ora esperando ser llamado alguna vez para presidir un Gobierno que se le fue de las manos cuando el llamado fue el señor Suárez.

Si hubiera estas integraciones, también la izquierda se vería descarnada, como la derecha: para mantener su unidad, tendría que producirse una fórmula de compromiso entre el Partido Socialista y el Comunista, con los grupos menores pero significativos, lo que produciría ya los gritos de alarma contra un "frente popular" (ya los ha dado en Barcelona el señor Fernández de la Mora).

El atractivo de este "centro" es, como se ve, grande. Por una parte, porque supondría una oposición gubernamental —si se puede decir así, y si se puede, dadas las circunstancias— contra la Alianza Popular, que es una relativa oposición desde un relativo poder. Pero por otra parte, porque tiene los resortes del poder gubernamental que, de cara a unas elecciones, son trascendentales: desde los gobernadores que quedan antes citados y los altos funcionarios que están siendo promovidos sin cesar por cada nuevo Consejo de Ministros, hasta los medios de información gubernamentales: nada menos que la Televisión, que según palabras de su director, don Rafael Ansón, está al servicio del Gobierno, como es lógico en la situación actual. Este Gobierno dispone también de la ley electoral: como se sabe, el proyecto de reforma reserva al Gobierno la capacidad de organizar las elecciones, quedando para las nuevas Cortes la busca de una ley electoral idónea para las sucesivas. Un Gobierno-partido que puede delimitar circunscripciones, definir formas de escrutinio, admitir o rechazar partidos a los comicios, determinar cómo han de hacerse las listas, tiene en sus manos un poder inmenso.

Si esto se llevara a cabo, quedaría configurada la opción electoral próxima entre una gran alianza electoral de la derecha, flanqueada de pequeños partidos parafascistas o claramente fascistas; un centro muy teñido de derecha, que estaría ocupando el poder, y una izquierda. Que por el momento está desvalida, pero que tendría que rehacerse muy pronto si quería tener alguna posibilidad electoral. O declararse abiertamente fuera del sistema y encontrarse de nuevo en el terreno de la clandestinidad. ■

LOS
CONTEM
PORAN
EOS

REPRIMIDO Y REPRESOR

EL Moralista está indignado, porque nadie en la prensa levanta un solo dedo para defender ciertas revistas amenazadas o secuestradas. "Son pornográficas", le responde el Inmoralista. "La pornografía no existe. Es una palabra inventada por la represión. Como la palabra subversión. Cuando no hay represión política, no hay subversión. Cuando no hay represión sexual, no hay pornografía". El Inmoralista se sonríe vagamente. "A nadie de entre las personas serias nos importan que suspendan, o clausuren, o recojan esas revistas. Son las nuestras las que hacen un servicio al país. Unos muslos en una portada no hacen bien a nadie".

"Lo que hace usted es justificar que la libertad sea parcial. Es lo que hacen los prohibicionistas. Entregan una presa fácil, difícilmente defendible por las gentes que presumen de honestas. La entregan a los que quieren prohibirlo todo. ¿No entiende usted que se trata del mismo enemigo? Los que alternan sus editoriales contra la ola de pornografía que nos invade los que claman contra el 'peligro comunista': es la misma gente".

El Inmoralista acentúa su sonrisa: "No siendo yo comunista, no siendo yo un 'voyeur', ¿qué más me da?". "Es un error. Para ellos, usted es una comunista y un pornógrafo desde el momento en que usted no es ellos. Y desde el momento en que usted consiente, aunque sea con su silencio, la pérdida de una libertad, está usted consintiendo la pérdida de su propia libertad. No hay que defender solamente la libertad de la que uno quiere usar, sino aquella de la que quieren usar los demás".

"¿Defiende usted 'Fuerza Nueva'?, ¿defiende usted 'El Alcázar'?" "¡Sí! —aulla el Moralista—. Creo en la libertad de expresarse de 'Fuerza Nueva', de la misma manera que creo en la de 'Matarratos'. Como creo en la de usted. Su estructura es la misma. Todos están compuestos por la misma necesidad de expresar una necesidad".

"Usted es un sofista". "Soy un ciudadano libre". "¿Que se cree usted eso?". "El que se lo cree es usted, que por poder criticar la reforma Suárez o poner verde a un ex ministro que temple como quiere su gaita cree que ha llegado la libertad de vivir. La libertad de vivir va mucho más allá, y está presionada por la represión". "Pero usted confunde los represores con los reprimidos". "No los confundo: los identifico. Aquel que reprime es alguien que se reprime. El que ve pornografía por todas partes es que la lleva dentro y quiere reprimir en el exterior lo que no puede reprimir en el interior. Un represor es siempre la primera víctima de la represión. Liberemos a nuestros represores".

Se va el Moralista, decidido a pintar una pancarta con su nuevo grito: "Liberemos a nuestros represores de su propia represión". Le van a dar una tunda. Porque los represores se liberan solos de su represión, reprimiendo a los demás. Los reprimidos se liberan comprando "Matarratos". Son inofensivos.

Por eso se les puede prohibir. "Se lo tienen merecido", dice el Inmoralista. Que cree que ha llegado la libertad de prensa, porque opina que las medidas económicas del Gabinete son una filfa. Aunque la capacidad adquisitiva de su bolsa se haya mermado ya. ■

POZUELO